

Una aproximación alternativa al terrorismo

Gustavo Walter Wajsman Chimchilla*

Resumen

No cabe duda de que el 11-S marcó un antes y un después en la agenda de seguridad de los Estados Unidos y de sus aliados. Si bien lo ocurrido no tiene antecedente alguno en el pasado, es menester entender que también abrió un abanico enorme de posibles respuestas punitivas por parte de los afectados. Sumado a ello, el desconocimiento que la sociedad en general tiene acerca de Oriente no permite dilucidar con claridad el tema ni evaluar acciones pasadas ni futuras dirigidas a neutralizar el problema. Una visión que provenga de autores árabes permitiría plantear una mejor estrategia de prevención y respuesta a los diversos actos de terrorismo que pudiesen ocurrir, así como eliminar algunas de las falacias más comunes que tienden a justificar decisiones políticas.

Palabras clave: Terrorismo; Islamismo; Contraterrorismo; Visión Árabe.

Abstract

There is no doubt that the 11-S settled a before and an after in the security agenda of the United States and of their allies. Although there is no record that something similar happened in the past, it is necessary to understand that this particular fact opened a huge range of possible punitive responses by those affected actors. In addition, this article tries to provide eastern perspectives in order to help to elucidate and clarify the Middle East views of terrorism and even evaluate past and future actions aimed at neutralizing the existing problem.

Keywords: Terrorism; Islamism; Counter Terrorism; Arab Perspective.

Introducción

El presente trabajo tiene un doble objetivo. Por un lado, pretende señalar límites a la actividad contra-terrorista por parte de los Estados Unidos, garantizando un mínimo respeto por la dignidad humana;

* Universidad del Salvador; Facultad de Ciencias Sociales - gwajsman@yahoo.com.ar

por el otro, se propone plantear el terrorismo de origen islamista desde una óptica diferente. Generar la necesidad de profundizar el conocimiento que se tiene en Occidente acerca del mundo árabe y abandonar, de ser posible, aquella vieja concepción etnocéntrica europea de orientalismo son formas de afrontar el problema que nos atañe desde un enfoque más integral, aséptico y con la menor carga emotiva posible. En este sentido, incorporaré como elemento diferenciador una visión oriental del problema que intentará demostrar algunas de las falacias más comunes que nos han llevado a avalar ciertas decisiones de política exterior de las superpotencias en general, y de Estados Unidos en particular. Estas han sido legitimadas por medio de prácticas discursivas y han opacado las voces de los pretensos responsables, que se encuentran en una geografía lejana y prácticamente desconocida.

En primer lugar, haré una descripción de la polarización del poder luego de la Segunda Guerra Mundial. Luego, haré un breve comentario acerca de las características del nuevo orden mundial de la post Guerra Fría, y del cambio de paradigma ocurrido luego de ese periodo. Luego, analizaré los atentados del 11-S como punto de inflexión en la agenda de seguridad internacional, en particular enfocándome en los Estados Unidos. *A posteriori*, analizaré los límites que debería observar tanto este país como la comunidad internacional en el tratamiento y lucha contra el terrorismo.

Finalmente, me introduciré de lleno en el punto neurálgico del presente trabajo, que versará acerca de la visión árabe del terrorismo y de Occidente. Aclararé algunos conceptos usados con frecuencia pero poco comprendidos cabalmente, para que de este modo se pueda estudiar y delimitar de manera más completa e inclusiva el problema del terrorismo, y darle así una mejor respuesta, con un mayor grado de eficacia y eficiencia.

La idea rectora de este ensayo es contribuir a una reflexión que conduzca hacia el logro de un consenso internacional de lo que significa el terrorismo con un criterio menos restrictivo, que incorpore la visión árabe –que hasta el momento esta no había sido tomada en cuenta por Occidente para determinar quiénes representan un verdadero riesgo– a fin de evitar continuar con una caza de brujas al estilo *maleus malificarum*, *El martillo de las brujas* de la Edad Media, en pleno siglo XXI.

Evolución, límites y respuesta por parte de la comunidad internacional

Luego de la Segunda Guerra Mundial, acaecida en Europa, el centro del poder mundial fue desplazado por dos potencias ajenas al continente, EE. UU. y la URSS. Los países europeos no tuvieron más

chance que alinearse a una u otra superpotencia, debido al agotamiento producido por la guerra.

De esta manera, se fue forjando un orden internacional bipolar protagonizado por las dos superpotencias, denominado Guerra Fría. Esta etapa se caracterizó por un número significativo de conflictos en diferentes lares del mundo que evitaron la confrontación directa de EE. UU. y URSS. Lo más destacado de este orden internacional fue la “disuasión nuclear y cierta previsibilidad” (Ozaran, 2006, p. 8).

Era un enfrentamiento del que nadie podía sustraerse. Por un lado, la potencia capitalista, democrática y liberal; por el otro, la Unión Soviética, con el comunismo, marxismo y totalitarismo (Ozaran, 2006).

Lo que permitía esa previsibilidad era el enorme arsenal nuclear que poseían ambas superpotencias y la posibilidad de terminar en un gran holocausto final. Debido a ello, no existieron enfrentamientos directos entre ambos y de allí surgió la denominación de Guerra Fría. Ambos bloques trataban de influenciar diferentes regiones para aumentar su poder, y en ese contexto se desataron los conflictos locales. América Latina vivió en carne propia dichas situaciones.

En 1991 se produjo la ruptura del sistema bipolar con la implosión de la URSS, que se encontraba exhausta por el esfuerzo que significó la carrera armamentística, denominada iniciativa de defensa estratégica y también conocida como guerra de las galaxias. Por otro lado, el fracaso del modelo propuesto por el comunismo, *prima facie*, no pudo mejorar la vida de sus connacionales. EE. UU. surgió como única potencia dominante con la desaparición del imperio soviético (Ozaran, 2006). Con el final de la Guerra Fría también se comenzaba a delinear lo que en Relaciones Internacionales se denomina nuevo orden mundial. Este denota cambios sustanciales con respecto al vigente durante la Guerra Fría, sobre todo en cuanto a “las reglas de juego y a la distribución de poder” (Bartolomé, 2006a, p. 76). Ozaran opina que este nuevo orden mundial “no surgió por la globalización, la caída del muro de Berlín o la desintegración de la ex Unión Soviética sino que la suma de todos estos hechos fueron preparando el camino” (p. 8).

Por otro lado, se debe que tener en cuenta, como bien afirma Bartolomé, que “nunca antes existió tanta democracia como en los inicios de la post guerra fría. Esto auguraba para los neointernacionalistas liberales un sistema internacional de baja conflictividad” (Bartolomé, 2006a, p. 78). Sin embargo, se puede decir que la esperanza que albergaba Occidente acerca de la paz que traería aparejada la caída del comunismo poco a poco se fue alejando (Ozaran, 2006). Las ideas de Francis Fukuyama

respecto al final de la historia, en cuanto a que los hombres ya no tendrían mayores causas por las cuales luchar, demostraron no reflejar la realidad internacional. Las ideas de este autor podrían resumirse en: “Los hombres semejarían a los perros” (Bartolomé, 2006a, p. 79).

El 11-S lo cambió todo. Con él se esfumó definitivamente la idea que sostenían los neointernacionalistas liberales acerca de la baja conflictividad que deparaba el nuevo orden mundial. Reapareció el terrorismo con características diferentes, con un ataque al corazón de los Estados Unidos que dejó consternado al mundo entero. Aunque se suele incluir al terrorismo dentro de las nuevas amenazas, una de sus cualidades distintivas es, justamente, no ser nuevo.

El terrorismo se remonta a tiempos muy lejanos. Siguiendo el desarrollo que hace el profesor Bartolomé, podríamos ubicar los antecedentes más lejanos del terrorismo en la época de Jesús, cuando en Tierra Santa existían los Sicarii, que se oponían al imperio Romano; para sus atentados utilizaban una daga corta llamada sica, de ahí su nombre. Otro antecedente histórico importante es la secta de los asesinos que, en el siglo XII, mataban sultanes y jeques en el actual Irán. El vocablo terrorismo fue utilizado en el siglo XVII, en la época de Robespierre, durante la Revolución Francesa, que llevó a la guillotina a 17 000 personas sin juicio previo (Bartolomé, 2006b).

Según Witker, si bien el fenómeno es de larga data y en esencia no ha cambiado, exhibe en la actualidad cinco aspectos específicos que le otorgan un sello cualitativamente distinto:

Un creciente carácter transnacional, un poderoso basamento religioso y nacionalista, elevada frecuencia en el uso de suicidas, alta letalidad en los ataques y marcada orientación antioccidental, especialmente de los grupos fundamentalistas islámicos. Estas cinco características permiten afirmar que estamos ante un terrorismo de nuevo tipo susceptible de ser denominado neoterrorismo siendo el 11-S y el 11-M sus ejemplos más elocuentes (Witker, 2005, p. 2).

Mary Kaldor sostiene que el terrorismo es una forma de violencia principalmente dirigida contra civiles, entre las que también incluye los conflictos armados, genocidios o disturbios interétnicos, que han provocado muchas más muertes que los incidentes terroristas en sí (Kaldor, 2006a).

Otra importantísima académica considera que el terrorismo es una estrategia deliberada dentro de un esquema de toma racional de decisiones. La autora opina que el terrorismo puede ser entendido como una expresión de estrategia política. Va incluso más allá, y argumenta que el terrorismo no es

irracional e inexplicable; puede ser una respuesta razonable a circunstancias imperantes (Crenshaw, 2005).

El 11-S marca un antes y un después, y coloca al terrorismo como la amenaza transnacional que coronó la cúspide de la agenda de seguridad internacional, no solo por parte de los Estados Unidos sino a escala planetaria. Lo distintivo es que, a pesar de la coincidencia mundial en la importancia del terrorismo como amenaza transnacional, no sucedió lo mismo en cuanto al consenso por su significado (Bartolomé, 2006a).

En cuanto a Estados Unidos, los atentados trajeron aparejado que dicho país se lanzara desenfrenadamente en una lucha implacable contra el terrorismo internacional, con la consecuente, por ejemplo, invasión de Afganistán e Irak.

Ahora bien, EE. UU., incluso mucho antes de 11-S, ya se hallaba determinado a pasar por alto al sistema internacional coronado por la ONU en el caso de que se convirtiese en un obstáculo para sus intereses. Es oportuno recordar que la política exterior de este país se rige por intereses y no por principios (Ozaran, 2006).

Por otro lado, dentro de este cuadro de situación, también debemos resaltar que nos encontramos frente a un cambio de paradigma muy importante. Las viejas guerras presuponían enfrentamientos entre Estados a través de un poder militar que lucía uniformes, las batallas eran los enfrentamientos que dirimían los conflictos. Las nuevas guerras son libradas por actores no estatales, en muchas ocasiones sin uniformes; casi no existen las batallas y la violencia es dirigida sobre todo a la población civil. Como dice Mary Kaldor: “Son guerras donde la distinción entre combatientes y excombatientes o entre violencia legítima y criminal se difuminan... cimientan nuevas identidades sectarias (religiosas, étnicas o tribales) que socavan el sentido de una comunidad política compartida” (Kaldor 2006b, p. 13).

Ivan Witker concluye que:

El neoterrorismo es parte gravitante del movimiento tectónico del nuevo sistema internacional. Las variantes suicidas de las conductas terroristas y la eventualidad del uso de armas biológicas, químicas o radiológicas, han demostrado cuán vulnerables son las ciudades hoy en día y cuán profundo y complejo es el denominado dilema democrático respecto al desafío terrorista (Wiker, 2005, p. 18).

Con referencia al dilema democrático que plantea la lucha contra el terrorismo, se podría decir que los Estados Unidos tienen posición tomada y han decidido enfrentarlo en términos de “guerra contra el terrorismo”. Esto implica, o conlleva intrínsecamente, el uso de su instrumento militar, en detrimento de la clasificación como delito de derecho común.

¿Debería la comunidad internacional poner límites y reglas claras al contraterrorismo?

Dado que se trata de una forma de amenaza no convencional, tampoco goza de un marco jurídico que limite y proteja a los presuntos responsables de las acciones llevadas a cabo en su lucha. Mínimamente, la comunidad internacional toda debería preguntarse: ¿Cuál es el nivel de tolerancia que se debería tener en cuanto a los métodos utilizados por parte de este país para combatir el terrorismo?, ¿vale todo?, ¿han convertido la figura del terrorista en una suerte de homo sacer, ese hombre sagrado del derecho romano arcaico que cuando cometía un delito grave perdía todo derecho humano y divino y, como consecuencia de ello, se lo expulsaba de la comunidad y por lo tanto cualquiera podía darle muerte sin cometer delito, y su cuerpo tampoco podía ser ofrendado a los dioses? Según Agamben, esta doble expulsión, humana y divina, es la forma arquetípica con que el poder soberano se ha apropiado de la vida de los individuos (Rodríguez Moreno, 2013).

Guantánamo, Abu Ghraib no se diferenciarían en lo absoluto de la postura arcaica descrita con anterioridad en cuanto a la consideración y tratamiento de sus huéspedes.

Para Carl Schmitt, según el profesor Zafaroni:

El enemigo no es cualquier sujeto infractor sino el otro, el extranjero... Este concepto de enemigo se remonta a la distinción romana entre el *inimicus* y el *hostis*, donde el primero era el enemigo personal y el segundo sería el verdadero enemigo político. El extranjero, el extraño, el enemigo, el *hostis* era el que carecía absolutamente de derechos, que estaba fuera de la comunidad (Zafaroni, 2006, p. 6).

En este sentido, habría que recordar que los nazis, antes de deportar a los judíos de nación alemana, tuvieron una precaución extrema, consistente en privarlos de ciudadanía antes o bien durante el transcurso de ella (Arendt, 2006).

Si concluyéramos que toda estrategia de lucha contra el terrorismo es válida, se atentaría contra aquellos mismos valores que se dicen proteger. De ahí que el límite a cualquier política antiterrorista

deba ser el respeto por la dignidad humana (Martin Martínez, 2009).

En palabras del presidente de la Corte Internacional de Justicia:

Combatir el terrorismo, puede caer en un contrasentido si se permite sin una extrema cautela. Solo esta extrema precaución ofrecería una solución válida cuando se trata de hacer frente a la amenaza que supone el terrorismo. En mi opinión, las medidas que se adoptan para luchar contra el terrorismo podrían ser en última instancia contraproducentes si desembocan en la negación total del principio básico del Estado de Derecho, así como la negación de la protección de los derechos humanos fundamentales como ingrediente esencial del Estado de Derecho (Owada, 2009, p.6).

Eugenio Zafaroni dice que “el poder se planetarizó y amenaza con una dictadura global... la capacidad técnica de destrucción puede arrasarse la vida; se desatan guerras unilateralmente con fines económicos y, para colmo, el poder planetario fabrica enemigos y emergencias con los consiguientes estados de excepción...” (Zafaroni, 2006, pp. 3-4). Y de esta manera se le declaró la guerra al Islam, el nuevo Satán contra quien hay que luchar hasta aniquilarlo sin ningún tipo de contemplación.

Lo peligroso es que con la creación de tal estado de excepción, justificado por la emergencia, se desapoderan ilegítimamente los derechos que deberían gozar los nuevos enemigos. Como dice Hannah Arendt:

El crimen de la esclavitud de la humanidad no comenzó cuando un pueblo derrotó y esclavizó a sus enemigos, sino cuando la esclavitud se convirtió en una institución en la que algunos hombres nacían libres y otros nacían esclavos, cuando se olvida que era el hombre quien había privado a sus semejantes de la libertad y cuando la justificación de este crimen era atribuida a la naturaleza (2006, p. 421).

Continúa diciendo:

La calamidad que ha sobrevivido a un creciente número de personas no ha consistido entonces en la pérdida de derechos específicos, sino en la pérdida de una comunidad que quiera y pueda garantizar cualesquiera derechos. El hombre, así puede perder todos los llamados derechos del hombre sin perder su cualidad esencial como hombre, su dignidad humana. Solo la pérdida de la comunidad misma le arroja fuera de la humanidad (2006, p. 421).

¿Qué nos dejó el 11-S?

Luego del atentado del 11-S en Estados Unidos de Norteamérica por parte de la red terrorista Al Qaeda, toda la comunidad internacional comenzó a dirigir su mirada hacia los países de Medio Oriente. Muchas fueron las hipótesis que se fueron elaborando, a lo largo del tiempo, con respecto a este suceso. Pero la gran consternación, además de las vidas y bienes que se perdieron en este atentado, fue el hecho de tomar conciencia acerca de lo poco que sabemos en el mundo occidental sobre Oriente y el islam. Este vacío origina la formación de preconcepciones que constituyen la base de los prejuicios, y estos últimos, a su vez, distorsionan nuestra visión, comprensión y, por consiguiente, capacidad de acción ante este importante asunto de seguridad nacional.

Sin negar que nos encontramos ante una grave amenaza no convencional, de carácter transnacional, y retomando el hilo de lo anteriormente expuesto, se puede inferir que un error de apreciación podría ocasionar la pérdida de vidas innecesarias, el desconocimiento de los derechos fundamentales de los hombres a causa de prejuicios raciales o religiosos, el surgimiento de cárceles clandestinas de detención de sospechosos y todas las demás consecuencias nefastas que dejó, colateralmente, la guerra declarada contra el terrorismo en el año 2001. Afganistán e Irak serían los ejemplos más visibles de ello.

También sería oportuno subrayar que en la actualidad existe una dicotomía en torno al nuevo orden mundial, que ya no es problematizada por idealistas kantianos y realistas de la línea de Karl Schmitt. Más bien, gira en torno a la pregunta por el derecho como medio adecuado para hacer realidad ese objetivo, o, por el contrario, la postulación de que el mejor medio es la política unilateral de una potencia mundial que pretende imponer orden. Como afirman Habermas y Derrida:

Hay que preguntarse si el Derecho internacional aún desempeña algún papel cuando una potencia intervencionista como los Estados Unidos prescinde de las decisiones de la comunidad internacional que van en contra de sus deseos y que son el resultado de los debidos procesos jurídicos, para privilegiar una política de poder apoyada en argumentos morales propios (2008, p. 9).

Siguiendo nuevamente al profesor Zafaroni, podemos concluir que desde la época del nazismo se denomina *völkisch* a la técnica que “consiste en alimentar y reforzar los peores prejuicios para estimular públicamente la identificación del enemigo de turno” (2006, p. 20).

Consternados por los trágicos sucesos, luego de los atentados del 11-S, los norteamericanos solían

preguntarse: “¿Por qué nos odian?”. Podemos decir que la autorespuesta clásica fue: “Nos odian porque odian nuestro modo de vida, la libertad, la democracia y nuestro éxito”. Sin embargo, la realidad demuestra que la respuesta debería haber sido mucho más compleja. En este sentido, el periódico francés *Le Monde*, conocido por su permanente posición contra de las políticas de EE. UU., un día después del atentado tuvo como primera plana el título “Todos somos americanos”. Entiéndase con esto que el atentado fue visto y percibido por el medio como una herida para toda la civilización occidental, no solo para ese país. El apoyo y la solidaridad internacional no se hicieron esperar. Incluso, se dejaron de lado viejos recelos de pueblos históricamente antagónicos como el francés, que desde hace un siglo es marcadamente antiamericano. (Friedman, 2014).

El apoyo que tuvo el presidente George W. Bush por parte de casi todos los países que forman parte del sistema internacional fue inmediato y absoluto. De un tiempo a esa parte en disminución, había alcanzado su extremo más negativo con la campaña de Irak y los controvertidos justificativos basados en la suposición de que Sadam Husein era patrocinador del terrorismo internacional de Al Qaeda. En ese contexto, se recurrió nuevamente a herramientas de fabricación de enemigos del estilo *völkisch* para suplantar al gran dragón.

Tanto la guerra declarada contra el terror como la mala imagen de los EE. UU., producto de la innecesaria invasión a Irak, hicieron emerger a la superficie la necesidad de subsanar el desconocimiento casi absoluto de la cultura árabe por parte de la comunidad internacional.

Se comenzó a discutir haciendo alusiones a términos como “terrorista fundamentalista islámico”, “integrista islámico”, “yihad” y otros indistintamente, sin saber bien de qué se estaba hablando, incluso en ámbitos oficiales y académicos. Como consecuencia, se oscurecía el entendimiento tanto de los hacedores de política o tomadores de decisión como de la opinión pública en general. En mi opinión, un factor clave para evitar abordar la temática con una visión sesgada y términos cuyos significados no son comprendidos cabalmente, sería no solo prestar atención a lo que se dice desde Europa y EE. UU., y desde Occidente en general, sino a la mirada que tienen los árabes de sí mismos y del terrorismo islámico.

¿Por qué aún no se llegó a un consenso acerca de lo que se entiende por terrorismo?

Casi nadie discute que el supuesto fundamental para hacerle frente al terrorismo es lograr un consenso internacional acerca de su definición, con la finalidad de cooperar para combatirlo. Sin embargo, esto

presenta graves dificultades. Las grandes potencias occidentales no lo entienden de la misma manera que los demás países occidentales, y esta brecha se agudiza mucho más cuando observamos lo óptica de los árabes. Como bien dice Bartolomé: “El mayor obstáculo para que los Estados se pongan definitivamente de acuerdo al respecto es establecer la diferencia que existe entre un Terrorista y un luchador por la libertad” (2006a, p. 309).

Paul Pillar afirma que el impedimento para acordar un consenso alrededor del significado de terrorismo es el uso indiscriminado del vocablo y la falta de voluntad política para hacerlo, y agrega además como causa el no poder ponerse de acuerdo entre los diferentes países acerca de si el terrorismo es un crimen o un acto de guerra. En igual sentido que Bartolomé, este autor coincide en que la delgada línea que separa a un terrorista de un luchador por la libertad también empantana el consenso (Pillar, 2005).

Del mismo modo, Richard Haass coincide con las mencionadas opiniones. En su opinión, si bien es necesario reformar el consejo de seguridad de ONU esto demorará mucho tiempo, y mientras tanto

todos los miembros de la ONU deberán declarar explícitamente que el terrorismo no tiene lugar en el mundo actual... durante mucho tiempo la comunidad internacional lo ha tolerado sobre la base de que en ciertas ocasiones el que para uno es un terrorista, para otros es un luchador por la libertad (Haass, 2005, p. 2).

Por su parte, Joseph Nye está convencido de la pertinencia de aplicar el poder blando en la lucha contra el terrorismo, de acuerdo a su propia denominación. El autor divide al poder en duro y en blando. El primero queda englobado dentro del poder militar y económico, y es fundamental para hacerle frente al terrorismo. La importancia del segundo, que refiere a la cultura e ideas políticas, radica en que permitirá evitar que los terroristas recluten nuevos adeptos y también será fundamental para permitir la necesaria y ansiada cooperación internacional en la lucha contra este fenómeno (Nye, 2004).

¿Cómo se ve el terrorismo en Occidente?

Desde EE. UU. se sigue difundiendo un discurso distorsionado de Medio Oriente, la “bajada de línea” exhibe un antioccidentalismo en general, y un antiamericanismo en particular, que no reflejan la realidad de esta cultura. En verdad, las cosas parecieran ser diametralmente opuestas. Es posible que no solo los musulmanes no odien a EE. UU. y al mundo occidental sino que admiren, entre otras

cosas, su tecnología, su sistema de valores, su dedicación al trabajo, su responsabilidad personal, su Estado de derecho, sus sistemas políticos justos, su democracia, su respeto a los derechos humanos, su libertad de expresión y su igualdad de género. No poder comprenderlo de esa manera se debe al desconocimiento cultural de esta región del mundo y de los pueblos que la habitan.

En 2003, el Pew Research Centre for People and the Press realizó una encuesta denominada “Visiones de un mundo en cambio”, dentro del estudio “Global Attitudes Project”. En él se analiza la imagen de EE. UU. en cuatro momentos: 1999-2000, verano de 2002, marzo de 2003 y junio del mismo año. La caída abrupta se produce en el 2003, como consecuencia de la postura de Bush ante Irak. Y entre marzo y junio del mismo año comienza a revertirse debido al cese de las operaciones militares. A quienes hacían una valoración negativa de EE. UU. se les preguntaba si el problema era el país en general, Bush o ambos. En general las respuestas siempre fueron Bush por encima de Estados Unidos. La única excepción, que sí podría definirse propiamente como antiamericanismo, es el caso de Corea del Sur (Noya, 2003).

Una visión alternativa del terrorismo. ¿Desde qué óptica distinta se podría abordarlo?

En el extremo opuesto a las ideas predominantes en Occidente, podemos mencionar a Eqbal Ahmad como uno de los activistas más activos de esta era. Nació en la India en 1934, emigró a Pakistán en 1947 y posteriormente a los Estados Unidos, en 1950, luego de presenciar el asesinato de su padre. Estudió en Princeton y luego se radicó en Argelia, sitio en el que florecieron sus ideas acerca del imperialismo y liberación nacional. Asimismo, fue el maestro y mentor de Edward Said, en quien influyó notablemente. Aludimos a este autor puesto que hay una serie de falacias a la hora de definir qué se entiende por terrorismo. En una de sus últimas alocuciones públicas antes de morir, en 1999, se refirió al terrorismo como: el de ellos, el nuestro. Eqbal, ya en octubre de 1998, increíblemente avizoraba el atentado de las torres gemelas que ocurriría en septiembre de 2001.

Ahora bien, el hecho de que no exista consenso acerca del significado de terrorismo no es un dato menor ni un accidente. Este vacío es creado ex profeso por las grandes potencias, como Estados Unidos, aunque no es el único que hace factible la versatilidad de su política exterior, en función de sus intereses y de acuerdo al momento. Y esto es gracias a la complicidad de las demás grandes potencias. Como prueba de ello y siguiendo a Ahmad, ente 1930 y principios de 1940,

el movimiento clandestino judío en Palestina era descripto como terrorista, hacia 1944 los terroristas palestinos eran sionistas (luchadores por la libertad). Si uno observa dentro de los libros de historia al menos dos primeros ministros israelíes aparecen en afiches con el encabezado de “buscado” y la leyenda terrorista, la recompensa más alta que se vio ofrecer fue de 100.000 libras británicas por la cabeza de Menajem Beguin (2004, pp. 54-55).

Eqbal Ahmad describe perfectamente cuán cambiante es el concepto terrorista de acuerdo al momento histórico. En tal sentido, dice: “Entre 1969 y 1990 la Organización para la Liberación de Palestina ocupó el lugar central en el terrorismo” (2004, p. 57). Yasir Arafat es presentado como el jefe del terrorismo por el gran pope del periodismo norteamericano. William Safire, del New York Times, resaltó para ese entonces una fotografía de Arafat y del primer ministro israelí Benjamín Netanyahu de pie a cada lado del presidente Bill Clinton. Clinton miraba a Arafat, que lucía manso como un ratón, con un arma enfundada en su cinturón. La visión de esta fotografía lo retrotrae a otra foto de 1985, en la que el presidente Ronald Reagan recibe a un grupo de hombres que vestían turbantes. Luego de recibirlos en la casa Blanca, Reagan habló con la prensa y se refirió a sus invitados extranjeros como luchadores por la libertad (Ahmad, 2004).

Ahmad describe que en 1985 el expresidente Ronald Reagan recibió en la Casa Blanca a unos hombres de aspecto horrible:

Estos hombres eran Muyajidin Afganos con armas en mano que combatían al imperio del mal y para Reagan representaban el equivalente a los padres fundadores. En agosto de 1998 otro presidente norteamericano ordenó ataques con misiles para matar a Osama Bin Laden, que se encontraba en Afganistán. De forma efectiva se lanzaron misiles norteamericanos que cayeron en territorio Afgano. Paradójicamente, unos pocos años antes Osama Bin Laden era considerado como el equivalente moral a George Washington (2004, p. 55).

El terrorismo es cambiante, el terrorista de ayer es el héroe de hoy y el héroe de ayer se convierte en el terrorista de hoy. En el mundo actual se deben mantener las ideas claras para saber qué es terrorismo y qué no lo es, qué es lo que da origen al terrorismo y cómo detenerlo. Con respecto a la posición norteamericana sobre el terrorismo, se han analizado muchos documentos oficiales sobre el tema pero ninguno ofrece una verdadera definición. La mayoría de los documentos analizados busca despertar emociones en lugar de ejercitar la inteligencia (Ahmad, 2004). En palabras de Pillar: “El

primer paso para encarar un tema de forma inteligente es delimitarlo. El terrorismo ha sido concebido bajo criterios groseramente amplios. Las formas de combatirlo tienden a ser interpretadas con gruesas limitaciones” (Pillar, 2005, p. 19).

Ante ello es que considero que es fundamental comprender la realidad árabe desde un punto de vista más neutral y aséptico y abandonar las visiones eurocentristas y norteamericanas que desinforman y difuminan al mundo su conveniente interpretación acerca de lo que presuntamente los árabes representan, y la potencial amenaza que ellos significarían para la civilización occidental. Estas grandes potencias suelen mostrar, como bien refiere Said, una clara separación entre gobernantes y gobernados a fin de crear una distorsión a favor del imperio, transmitiendo miedo a la participación democrática, como si un exceso de libertad pudiera hacer perder a la élite colonial gobernante algo de favor de la autoridad imperial. (Said, 2003a)

Según Said, durante muchos años varios gobiernos apoyaron el régimen de Sadam Hussein y miraron hacia otro lado mientras hacían negocios con él. Así, la licencia para que Washington hiciera lo que hizo en Irak no fue un derecho moral ni un argumento racional, sino su capacidad militar. Said afirma que luego de apoyar durante muchos años al régimen baazista de Irak y a Hussein, EE. UU. y Gran Bretaña negaron su propia complicidad con él y luego decretaron estar luchando en contra de la tiranía iraquí.

Sin embargo, las injusticias cometidas contra el mundo árabe no son nuevas. El pueblo árabe ha sido sometido a diversos yugos imperiales desde el siglo XV. Primero los otomanos, luego los británicos y los franceses después de la Primera Guerra Mundial; por último, los americanos y los israelíes luego de la Segunda. Una de las características actuales de la última etapa mencionada es una oposición virulenta al nacionalismo árabe y una voluntad política de oponerse y combatirlo en todas sus formas. El mundo árabe, con su diversidad, pluralismo y pueblo de cultura y lenguaje árabe y musulmán, constituye una nación y no solo una colección de Estados dispersos entre el norte de África y las fronteras occidentales de Irán. De acuerdo a esto, EE. UU., Francia, Gran Bretaña e Israel pergeñaron una campaña para derrocar a Nasser, quien amenazaba con aglutinar al pueblo árabe. La política de los EE. UU. apunta a dividir a los árabes mediante su inacción colectiva y su debilidad militar y económica (Said, 2003a).

En 1978 Said, profesor de literatura comparada de la universidad de Columbia, publicaba su libro

Orientalismo. En él describía los mecanismos imperialistas de fabricación del otro que han tenido asidero en el pensamiento colonial occidental desde finales del siglo XVII. Veinticinco años después, este autor retoma el tema luego de la invasión de Irak y vuelve a aplicar los mismos principios al análisis de tal situación. Cabe aclarar que Edward Said estuvo profundamente influenciado por Eqbal Ahmad y por Ibrahim Abu-Lughod. En *Orientalismo*, este profesor palestino nos ilustraba acerca de la guerra civil ocurrida en el Líbano entre 1975 y 1990. Luego, vino el fracaso de la paz de Oslo y el estallido de la Segunda Intifada. Said no cree que todo esto sea producto de un choque de civilizaciones, como usualmente se dice (Said, 2003a).

Según publicara Samuel P. Huntington en 1993 en *Foreign Affairs*, la fuente de conflictos no será de ahora en adelante ni ideológica, ni económica, sino eminentemente cultural. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de fractura entre civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro. Huntington también señalaba que hay conflictos en la línea de ruptura que separa la civilización occidental de la islámica desde hace 1300 años, que esta interacción militar “podría hacerse más virulenta” y que en ambos lados se ve como “un choque de civilizaciones” (Jorge, 2002).

Luego en su libro profundizó estos conceptos y llegó a la conclusión que el problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico, sino que su gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder. Con posterioridad al atentado del 11-S, en una entrevista en el semanario *Die Zeit*, le preguntaron a Huntington si era posible calificar el hecho como un ataque, un choque de civilizaciones. La respuesta fue negativa. Huntington manifestó que el atentado era “contra la sociedad civilizada de todo el mundo”. Negó que fuera un choque de civilizaciones y por último manifestó que el mundo islámico estaba escindido, y que evitar el verdadero choque de civilizaciones dependería de que los países islámicos colaboraran, o no, con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo (Jorge, 2002).

Al respecto, Bernard Lewis, quien escribió en 1990 “Las raíces de la ira musulmana” (que según Said sería la fuente de inspiración de Huntington para escribir el artículo del choque de las civilizaciones), busca la causa de la ira musulmana y observa que, mientras el mundo cristiano separa claramente la política de la religión, los musulmanes no lo hacen, dividen a la humanidad entre fieles e infieles que deben traer al islam. La cristiandad fue reconocida como su rival desde hace ya catorce siglos. Por otro lado Lewis, quien fue uno de los expertos en el mundo árabe que asesoraban a George W. Bush, piensa que el sentimiento antioccidental de muchos musulmanes no puede explicarse por el

apoyo de Estados Unidos a Israel o a regímenes árabes tiránicos y corruptos, o por el imperialismo o la explotación. Si así fuera, la hostilidad hacia Occidente sería mayor que la demostrada hacia Rusia, que todavía gobierna sobre millones de musulmanes renuentes (Jorge, 2002).

Ni Huntington ni Lewis profundizan ni dedican mucho tiempo a la dinámica interna o a la pluralidad de cada civilización; tampoco al hecho de que la gran contienda, en la mayoría de las culturas modernas, es la relativa a la definición o interpretación de cada cultura, o al hecho de que en cada contienda que se libra en nombre de la religión o la cultura interviene una gran cantidad de demagogia e ignorancia. En realidad, Huntington es un ideólogo que pretende convertir a las civilizaciones y a las identidades en lo que no son, entidades aisladas y cerradas de las que se han eliminado las mil corrientes y contracorrientes que animan la historia humana, y que han permitido que la historia hable no solo de guerras de religión y conquistas imperiales, sino también de intercambios, fecundación cruzada y aspectos comunes (Said, 2001).

Edward Said lamenta que un espantoso atentado suicida realizado por un grupo de trastornados con motivaciones patológicas sea utilizado para reafirmar la tesis huntingtoniana, en lugar de verlo como una banda de fanáticos enloquecidos que se apropiaron de grandes ideas. Dice en otro de sus textos que en Washington siguen pensando, en la actualidad, que es posible cambiar el mapa de Medio Oriente como si las sociedades antiguas y la mirada de los pueblos pudieran sacudirse como almendras en un frasco. En contra de esta afirmación, la opinión del profesor es que los hombres y las mujeres hacen la historia y que es factible deshacerla (deconstruirla) y describirla, de tal manera que nuestro Oriente se vuelva nuestro para poseerlo y dirigirlo. Expertos en el mundo árabe e islámico, como Lewis, ayudaron a los halcones estadounidenses a idear fenómenos ridículos como el de la mente árabe, o la decadencia de siglos del mundo islámico que solo el poderío estadounidense puede revertir (Said, 2003b).

El nexo entre cultura y terrorismo, explica el profesor Mariano Bartolomé siguiendo a Gunaratna, parece asumir diversas formas. Una de ellas es consecuencia de gran cantidad de conflictos interestatales de carácter cultural, llámense étnicos o religiosos, que se vienen desarrollando a partir del final de la Guerra fría. La distorsión provocada desde el mundo occidental hace que se relacione el islam con el terrorismo, como si fuera una condición *sine qua non* de él (Bartolomé, 2006b).

Alejandro Grimson se pregunta: ¿Por qué en una época en que hay mayor comunicación inter-

cultural afloran los fundamentalismos? *A posteriori*, reflexiona que sería necesario desagregar esta pregunta en otras que indaguen las formas culturales que asumen esos fundamentalismos. Reflexiona que es necesario comprender las condiciones que los hacen no solo posibles, sino que coadyuvan a su progresivo aumento. Este autor refiere que es necesario prestarles una particular atención a nuestras percepciones, significación y acción (Grimson, 2011).

Por otra parte, y en función de los fines de este trabajo, me gustaría definir conceptos como el fundamentalismo e integrismo. Al respecto, Bartolomé afirma que “la aparición de organizaciones terroristas que justifican su accionar en el Islam, sumado a planteos minimalistas del estilo de Huntington permitió relacionar casi como si se tratara de una asociación simbiótica al terrorismo con conceptos como fundamentalismos e integrismos” (Bartolomé, 2006b, p. 238).

¿Qué conceptos deberían ser aclarados a fin de entender mejor esta problemática?

En cuanto a los fundamentalismos, y siguiendo al profesor Bartolomé, podemos ubicar su etiología en manos del protestantismo, a finales del siglo XIX, por los teólogos de Princeton que condensaron sus ideas en una saga de libros llamados *Los fundamentos*. Como resultado final, se creó la Asociación Mundial de Fundamentos Cristianos. Por otro lado, el integrismo tiene una raigambre más católica y

fue usado por primera vez por el Partido Nacional Católico Español en el siglo XIX. Ellos se autodefinieron integristas debido a sus posiciones políticas que vinculaban los preceptos religiosos con la sociedad civil sosteniendo que los primeros debían oficiar de modelos de los segundos (Bartolomé, 2006b, p. 239).

Comparto con el profesor Bartolomé que entre muchísimas definiciones existentes, la de Eric Hobsbawm y Roger Garady parecen ser las más adecuadas. Ellos entienden por fundamentalismo:

Un fenómeno reactivo y reaccionario cuyos protagonistas creen que sus ideas y valores proceden siempre de una etapa anterior, es de suponer prístina y pura, en la propia historia sagrada de uno.” “Esas ideas y valores se utilizan para fijar límites y atraer a los de la propia especie alejando a los otros. Proporcionan un programa detallado tanto individual como colectivamente basado en textos antiguos. La diferencia que existiría entre Fundamentalismos e integrismos es que los primeros lo circunscriben a cuestiones religiosas reaccionando frente a la modernidad que afectan

sus textos sagrados y los segundos incluyen también fenómenos políticos” (Bartolomé, 2006b, p. 239).

Fethullah Gülen, un importantísimo erudito musulmán, opina que “no existe el terrorismo islámico. Un terrorista no puede ser musulmán. Un musulmán no puede ser terrorista” (Capan, 2005, p. xi). Para el autor no hay manera de que exista terrorismo en el islam, “nadie puede emitir un fatwa sobre este asunto. Nadie puede ser un terrorista suicida... nadie puede querer alcanzar de esta manera la aprobación de Dios... Un musulmán real, uno que entiende el Islam en todos sus aspectos, no puede ser un terrorista... la religión no permite el asesinato de personas para cumplir una meta” (Akman, 2005, p. 1).

Ibrahim Canan describe que en la actual aldea global se logra influir casi sin esfuerzo sobre la opinión pública gracias a los medios de comunicación y otras organizaciones de injerencia. Por lo tanto, hace un llamado a los musulmanes para mostrar al islam tal cual es y no como es representado por estos medios. También opina que hay un desinterés (desde Occidente) por conocerlo realmente. Este autor lo define como “derivado de la palabra *silm* que significa reconciliación, paz, sumisión y liberación”; y opina que la imagen distorsionada del islam es obra de algunos malintencionados, a quienes les conviene manipular a la población mundial mostrando un estado permanente de conflicto y guerra entre musulmanes y no musulmanes (Canan, 2005, p. 9).

Según Hazan Aktan el retraso del mundo islámico de los últimos siglos, así como los problemas económicos, trajeron aparejadas consecuencias nefastas, en especial en lo cultural, y han dado lugar al surgimiento de organizaciones terroristas. El autor también nos dice: “Es sabido que muchas de estas organizaciones son apoyadas por los países donde operan y las usan contra otras organizaciones que también operan dentro de esos Estados” (Aktan, 2005, p. 25).

La yihad es definida como

el esfuerzo, aplicación y resistencia que todo musulmán demuestra a fin de hacerse meritorio de la aprobación de Dios... Yihad también puede manifestarse a veces como lucha armada cuando los musulmanes son atacados, o cuando tienen información clara de que van a serlo, por lo que entonces están obligados a combatir contra el enemigo a fin de evitar la amenaza y proteger su integridad y honor” (Aktan, 2005, p. 25).

Para Bulac, la yihad es “el esfuerzo realizado para apartar los obstáculos existentes entre la humanidad y Dios” (Bulac 2005, p. 64).

La yihad tiene cuatro dimensiones: una dimensión defensiva, una psicológica, una intelectual y una social. Solo cobra una dimensión violenta durante las guerras. Estas guerras deben ser justas, o sea, cumplir con los propósitos de Dios, sino son ilegítimas en el islam. El autor propone una ética global debido a que el problema que enfrenta la humanidad no es político, económico o social sino ético. Y como estamos en un mundo globalizado, hace falta una ética global (Karlíga, 2005).

Otro importantísimo autor turco opina, con respecto al concepto moderno de yihad, que está asociado a tres cuestiones a tener en cuenta: el Corán y la Sunna, las estructuras tradicionales y culturales de los musulmanes a lo largo de su historia y las ideas que pueden tener las personas de acuerdo a su conocimiento y posición de observador. Sumado a ello, el autor concluye que debido a las guerras de independencia recientes contra el colonialismo

el término yihad activó una energía humana que hizo que los eruditos del islam declaren que ella podía emplearse contra el colonialismo... la yihad estaba dirigida contra Occidente por ser fuerza de ocupación que dio lugar a la figura del otro contra quien hay que luchar (Bulac, 2005, pp. 61-62).

Según Bekir Karlíga, el terrorismo sería una reacción al unipolarismo surgido luego del colapso de la Unión Soviética. Para este autor, que Estados Unidos lo considere una guerra refleja un abandono y aversión de los valores humanos. También opina que el desconocimiento y la ignorancia provocan la intolerancia, una de las causas de fanatismo, que genera terrorismo (Karlíga, 2005).

Por otro lado, es dable destacar el punto de vista de otro importante autor de origen turco acerca de que los ataques suicidas contra civiles en tiempos de guerra (y mucho más en tiempos de paz):

Están prohibidos debido a que son dirigidos contra mujeres, niños, ancianos y civiles que no combaten y a los que el islam impide matar aun en tiempos de guerra... el islam tiene reglas y principios de cómo y a quién matar y cómo luchar contra el enemigo durante la guerra. En el islam no existe la posibilidad de matar mujeres, niños y demás inocentes que no participan activamente de la guerra (Capan, 2005, pp. 111-112).

Cabe destacar que, a pesar del esfuerzo sostenido para mostrar al mundo árabe musulmán como

único e indivisible, en realidad goza de muchísimas fracturas de base social, cultural e identitaria. Además, que los Estados involucrados cuenten con diversos regímenes políticos hace que la unidad sea imposible en la práctica. Es fundamental comprender hacia dónde evoluciona cada uno de estos Estados para poder tener una dimensión de las diferencias existentes (originadas por la competencia entre movimientos políticos, enfrentamientos internos de etnias), al tiempo que analizar los resabios dejados por cada colonizador que pasó por ellos.

Según M. Fethullah Güllen “no existe un verdadero mundo musulmán. En ciertos lugares viven más musulmanes que en otros. El islam se ha convertido en un modo de vida, en una cultura; no es seguido como si fuese una fe” (Akman, 2005, p. 3).

¿Para los Estados Unidos son todos los árabes una amenaza?

Parecería ser que luego de los atentados del 11-S, y en pos de lograr el consenso internacional necesario, Bush habría utilizado como estrategia comunicacional la unificación de bloques para magnificar el tema, hacerle frente y justificar sus decisiones de política exterior. Desde entonces, se instaló una idea maniquea de una lucha necesaria entre el bien y el mal, entre Occidente y el islam. Todo ello fue abonado por teorías como la de Huntington, *a priori* desechable como punto de partida de un análisis serio. Más bien, una verdadera estrategia contraterrorista debería contemplar la necesidad imperiosa de crear y fortalecer las relaciones interculturales e intersociales para disminuir el apoyo local que necesitan los grupos terroristas de sus propias sociedades.

De igual forma, creo y comparto con Eugenio Zafaroni su visión acerca del poder, que siempre trató de convertir a la sociedad civil en carne para la punición. Lo curioso es que, en las últimas décadas, EE. UU. intenta «gendarmizarla» por completo. No se trata solo de castigar delitos sino de «enchalecar» cualquier síntoma de protesta o rebeldía para que los intereses «megapólicos» no se encuentren afectados por ninguna barrera de ningún tipo. “El poder punitivo nos vigila, mutila la privacidad personal, muestra un rostro de víctima para disfrazar su condición de victimario” (Zafaroni, 2011, p. IX-X). Sabe más de nosotros que nosotros mismos. A ello contribuye lo que el Dr. Zafaroni bautiza como “criminología mediática”, que con la crónica roja manipula la realidad de lo real, como si la sociedad solo estuviera amenazada por la delincuencia común y los atentados de Al-Qaeda. Esta clase de criminología «paranoiza» el miedo, lo «patologiza», lo convierte en pánico moral.

¿Existe una verdadera nación árabe?

En lo que respecta al tema de la religión, es importante destacar que no todos los árabes profesan el islam. Hay árabes cristianos y también agnósticos o ateos. Por otro lado, en los Estados árabes que nuclean a más de mil millones de personas, existen grupos de población o de comunidades nacionales sin Estado, que no comparten una identidad nacional árabe como los kurdos, por ejemplo. Al respecto, Anderson refiere que:

La nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con los dimensiones de la humanidad. Los nacionalistas más mesiánicos no sueñan en que habrá un día en que todos los miembros de la humanidad se unirán a su nación, como en cierta época pudieron pensar los cristianos en un planeta enteramente cristiano (Anderson, 1993, p. 75).

Existen tres posiciones acerca de cuáles son los elementos determinantes de la identidad nacional árabe. La primera posición pone énfasis en la *Umma al Arabia*. La segunda, lo hace en la creación de Estados independientes; la tercera enfatiza la religión. Es decir, la primera sería un panarabismo que parte de un sentimiento de pertenencia a una nación árabe y un lenguaje en común; debe constituirse esta nación entera en un Estado. La segunda defiende el Estado nación, esto es, dirigentes que, sin cuestionar la gran nación árabe, priorizan la lealtad nacional. Por último, están los panislamistas, que defienden una nación árabe más allá de lo nacional o lo étnico a través de la religión, como los hermanos musulmanes o Al Qaeda (Jiménez Botias, 2006).

Regresando a Anderson, dicho autor señala que la nación se imagina como comunidad porque, independientemente de las asimetrías que existan, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo horizontal. En palabras del autor: “En última instancia es la fraternidad la que ha permitido los últimos dos siglos que tantos millones de personas maten pero sobre todo que estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas” (Anderson, 1993, p. 89).

Está claro que, en general, se ha impuesto la construcción de una identidad nacional a partir de la pertenencia a un Estado más allá de su identidad cultural árabe o de su religión. Aunque sea difícil de entender, nunca ha existido una verdadera nación árabe debido a que no existió un movimiento de integración exitoso que lograra aglutinar a esta cultura. Ahora bien, *Umma* es un organismo político

cuyo líder es Mahoma y los miembros son musulmanes y no musulmanes. Pero también es un proyecto político teocrático, religión y política no están separadas.

Lo precedente da cuenta de la fractura interna del mundo árabe que se mencionó a lo largo de este trabajo, y de la certeza de que no han logrado llegar a un acuerdo permanente para definir su identidad. Hay que tener en cuenta que este proceso de definición identitaria es permanente y está en continua evolución. Como bien escribe Gellner:

De esta manera Renán tenía razón. Existe ciertamente un plebiscito permanente, una elección antes que una fatalidad. Pero la elección no ignora las oportunidades y los recursos culturales dados. La elección se realiza, quizás no todos los días, pero en cada *rentrée des clases*. Y el anonimato, la amnesia son esenciales: es importante no solo que cada ciudadano aprenda en la escuela primaria el idioma cultivado, estandarizado, centralizado sino también que se olvide del dialecto que no es enseñado en la escuela. Tanto el recuerdo como el olvido tienen profundas raíces sociales... (Gellner, 1989, p. 40).

Es importante tener en cuenta, a la hora de analizar Medio Oriente, que a finales del siglo XIX y principios de siglo XX los intelectuales musulmanes ya estaban preocupados por el atraso de esta región con respecto a Europa. Esto los llevó a contraponer modernidad y progreso con aculturación y pérdida de la autenticidad. Al mismo tiempo, en Europa se desarrollaba lo que se denominó orientalismo: una visión deformada del islam vista desde una posición superior etnocultural. En esta época nacen las visiones negativas, falsas y racistas de la realidad musulmana que concluyen, al igual que Renán, en que el islamismo es contrario al espíritu científico y que la mentalidad musulmana es inepta para asumir el progreso.

Conclusión

Si bien no es posible tratar de manera exhaustiva en un ensayo tan corto a las importantes cuestiones planteadas desde comienzo, sí he podido compartir algunas conclusiones interesantes al respecto, al menos de manera parcial y preliminar.

He intentado, por un lado, mostrar los límites que la comunidad debería observar en la lucha contra el terrorismo y también creo haber aclarado que la fabricación de enemigos públicos tampoco es nue-

va, al igual que el terrorismo. Desde la antigüedad se intentó privar de todo derecho a los presuntos enemigos públicos y se los deshumanizó.

Por el otro lado, también he tratado de imprimirle una impronta diferente a este trabajo, que incluye una mirada propia mundo árabe al análisis de Medio Oriente que efectel mundo occidental. Todo ello ha sido en pos de derribar algunos mitos con los que se justifican acciones militares y diplomáticas por parte de las grandes potencias hacia los países árabes. Estas no gozan, siquiera, de un límite jurídico preciso; se aprovecha la falta de una definición internacional del concepto de terrorismo y, por ende, la falta de instrumentos jurídicos internacionales que regulen el tema. Es también dable destacar que el abuso se produce aprovechando no solo el vacío jurídico sino los mitos y las falacias creadas ex profeso para avalar políticas exteriores, a veces, un tanto oscuras. Es necesario incluir la visión árabe, y conocer su cultura y su conformación política, para poder llegar a un consenso internacional acerca del significado de terrorismo. Del mismo modo, se debe facilitar dicho consenso y no crear falsos enemigos, que solo alimentan falsas tesis como la del choque de la civilización occidental con el mundo musulmán, de Samuel Huntington.

En mi opinión, resulta claro que no existe una amenaza del mundo árabe musulmán en su totalidad hacia Occidente. He analizado, a lo largo de este trabajo, las estimaciones de varios eruditos musulmanes, que han aclarado conceptos como el de yihad sin los condimentos occidentales. También he reflejado los conceptos de integrismos y fundamentalismos seguidos por los autores más importantes del tema. En ambos casos, he dejado en evidencia el desconocimiento e ignorancia que impera en nuestro mundo occidental en general, y otros conceptos en los cuales, a menudo, se apoyan decisiones de política exterior, con deformaciones creadas ex profeso por grandes potencias como Estados Unidos. Sin embargo, ese no es el único país que se aprovecha de esta circunstancia, respaldado por una comunidad internacional poco involucrada y con falta o falso conocimiento del tema.

Si evaluamos la peligrosidad de los musulmanes en términos porcentuales, podemos afirmar que un porcentaje relativamente bajo podría ser considerado seriamente como una amenaza real o potencial. De hecho, las fracturas internas que presentan dificultan la conformación de una verdadera y única nación árabe un plazo razonable. Y aunque así fuera, el uso generalizado de la violencia no es compartido por la mayoría. En cuanto a su identidad nacional, si bien es cierto que comparten cierta historia en común, el mismo idioma, un territorio, no han logrado ser una nación unificada sino que, por el contrario, han optado por conformar Estados soberanos independientes. Incluso paradójica-

mente, tanto Nasser como el partido Baas, quienes fueron al comienzo panarabistas, luego se orientaron a Estados naciones.

Tampoco existe un modelo único de Estado árabe. Hay desde monarquías hasta republicas. Como dice Jiménez Botias (2006), estos Estados tienen sistemas políticos con distintos déficits democráticos y con diferentes grados de autoritarismo, relacionados con el rol de la mujer, la pluralidad político partidaria, la ausencia de voto universal, etc. Aunque el islam es una forma de vida, no conlleva ningún modelo de organización social y política. El islam es sociológica y políticamente mucho más diverso de lo que el relato oficial pretende. Existen muchos movimientos islamistas y solo una pequeña minoría defiende el uso de la violencia, entre los cuales Al Qaeda sería uno de los más radicales en la actualidad (Jiménez Botias, 2006).

Pese a que cada vez es más importante el Estado islámico en tanto fuente de preocupación por parte de la comunidad internacional, esta historia está por escribirse. Así como el islam no condiciona un tipo de sociedad o de Estado en particular, tampoco es condición *sine qua non* del terrorismo. Quien así lo manifieste no hará otra cosa que ratificar lo que sostengo en el presente trabajo en cuanto al profundo desconocimiento que hay, en el mundo occidental, de esta compleja y lejana sociedad. El islam promueve la paz y la tolerancia. Siempre ha sido así, desde los tiempos del profeta Mahoma.

Como reflexión final quisiera manifestar mi creencia en que un cambio conceptual y actitudinal hacia Medio Oriente redundará en la disminución el terrorismo. Un mayor entendimiento cultural Oriente-Occidente permitirá que los grupos terroristas no cuenten con el apoyo necesario para sus causas en las poblaciones locales, al tiempo que hará posible una mayor cooperación internacional en su lucha y allanará el camino para llegar a un verdadero consenso internacional acerca de lo que el terrorismo debiera significar en su acepción más amplia.

Referencias

- Ahmad, E. (2004). Terrorismo: el de ellos y el nuestro. En S. Howard & R. Sawyer, (Comps.), *Terrorismo y contraterrorismo*, (p. 55), Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Akman, N. (2005). En el verdadero Islam, no existe el terrorismo. En E. Capan, *Terrorismo y Ataques Suicidas: Una Perspectiva Islámica* (sección 2). New Jersey: La fuente.
- Aktan, H. (2005). Acciones terroristas y ataques suicidas a la luz del Corán y la sunna. En E. Capan, *Terrorismo y Ataques Suicidas: Una Perspectiva Islámica* (sección 4). New Jersey: La fuente.
- Anderson, B. (1993). El origen de la conciencia nacional. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (pp. 63-76). México DF: Fondo de cultura económica.
- Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza editorial.
- Bartolomé, M. (2006b). *La seguridad internacional en el siglo XXI: más allá de Westfalia y Clausewitz*. Chile: Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos, Ministerio de Defensa Nacional.
- Bartolomé, M. (2006a). *La seguridad internacional post II-S*. Buenos Aires: Instituto de publicaciones Navales.
- Bulaç, A. (2005). El desarrollo moderno del concepto de yihad. En E. Capan, *Terrorismo y Ataques Suicidas: Una Perspectiva Islámica* (sección 5). New Jersey: La fuente.
- Canan, I. (2005), Islam como religión de paz y tolerancia. En E. Capan, *Terrorismo y Ataques Suicidas: Una Perspectiva Islámica* (sección 3). New Jersey: La fuente.
- Capan, E. (2005). *Terrorismo y ataques suicidas. Una perspectiva Islámica*. New Jersey: La fuente.
- Crenshaw, M. (2005). La lógica del terrorismo: el comportamiento terrorista como producto de una opción estratégica. En S. Howard, & R. Sawyer, (Comps.), *Terrorismo y contraterrorismo* (p. 18). Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

- Friedman, M. (2014). *Seminario de Americanización y Antiamericanismo*. Notas de clase, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Buenos Aires, Argentina.
- Gellner, E. (1989). *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Haass, R. (2005). Un consenso global contra el terrorismo. *Project syndicate*. Recuperado de: <https://www.project-syndicate.org/commentary/a-global-consensus-against-terrorism?version=Spanish&barrier=true>
- Habermas, J., & Derrida, J. (2008). *El derecho internacional en la transición hacia un escenario posnacional: Europa: en defensa de una política exterior común (en colaboración con Jacques Derrida)*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Jiménez Botias, E. (2006). *Sistemas políticos árabes: dificultades para una tipología*. España: Facultad de Derecho, Universidad de Barcelona.
- Jorge, J. E. (2002). ¿Choque de civilizaciones? *Cambio cultural*. Recuperado el 21 de junio de 2014 de: <http://www.cambiocultural.com.ar/investigacion/clash2.htm>
- [Kaldor, M. \(2006a\). Terrorismo global. Papeles de cuestiones internacionales \(84\), 11-29.](#)
- Kaldor, M. (2006b). Un nuevo enfoque sobre las guerras. *Papeles de cuestiones internacionales (94)*, 11-20.
- Karlga, B. (2005). Religión, terrorismo y la necesidad de una ética global. En S. Howard, & R. Sawyer, (Comps.). *Terrorismo y contraterrorismo*, (p. 18). Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales
- Martin Martinez, M. (2009). Terrorismo internacional y Derechos Humanos en la Unión Europea y el Consejo de Europa. *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz (1)*, 395-426.

- Noya, J. (2003). ¿Antiamericanismo, antihegemonismo o antiunilateralismo? *Boletín Elcano*, 28(4), 1-4.
- Nye, J. (2004). El poder blando y la lucha contra el terrorismo. *Project syndicate*. Recuperado de <https://www.project-syndicate.org/commentary/soft-power-and-the-struggle-against-terrorism?version=spanish&barrier=true>
- Ozaran, C. A. (2006). *El mayor desafío a la seguridad mundial*. Buenos Aires: Centro de Formación e Investigaciones en Ciencias del Comportamiento Humano – FICCH.
- Owada, H (2009). Terrorismo internacional y Estado de Derecho, *Discurso del Presidente de la Corte Internacional de Justicia en la apertura del Taller sobre la sociedad civil frente a las consecuencias del terrorismo*. Recuperado de <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/>
- Pillar, P. (2005). Las dimensiones del terrorismo y del contraterrorismo. En Howard, S. & Sawyer, R. (Comps.), *Terrorismo y contraterrorismo* (p. 18). Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Rodríguez Moreno (2013). Giorgio Agamben y los derechos humanos: Homo sacer. I. El poder soberano y la nula vida. *Revista del Centro Nacional de Derechos Humanos* (10), 53-74.
- Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Said, E. (2001, Octubre 16). El choque de Ignorancias. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/2001/10/16/opinion/1003183207_850215.html
- Said, E. (2003a). La condición árabe. Mundo árabe. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1051/105117940015.pdf>
- Said, E. (2003b). *Orientalismo 25 años después*. Madrid: La Jornada y El País.
- Witker, I (2005). Occidente ante las nuevas tipologías del terrorismo. *Estudios públicos*, 98, 227-253.
- Zafaroni, R. (2011). *La palabra de los muertos*. Buenos Aires: Ediar.
- Zafaroni, R. (2006). *El enemigo en el derecho penal*. Buenos Aires: Ediar.